



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo

El robo del fuego

HACE MUCHO TIEMPO, DESPUÉS DE QUE UN INCENDIO quemara toda la tierra, los árboles volvieron a crecer, todo volvió a ser como era antes menos una cosa. El sol, al ver el terrible incendio, estaba tan enojado pensando que alguien había querido ponerse a su altura que dejó a los hombres sin fuego. No era fácil vivir así, sobre todo porque ya se habían acostumbrado a tenerlo.

Los hombres no tenían fuego, pero había alguien que se las había ingeniado para quedarse con una buena fogata encendida sin que el sol se diera cuenta. El dueño del fuego ahora era el Yaguareté. Justo el Yaguareté, malo como pocos, odioso y enemigo de los hombres.

Que él tuviera fuego era lo mismo que nada porque por más que los hombres le rogaran y rogaran, el Yaguareté no quería darles ni una brasita. Encima, si le rogaban mucho, parece que se fastidiaba y sus rugidos estremecían el monte.

Tanto rogaron los hombres y tanto rugió el Yaguareté que los primeros decidieron mandar una delegación en representación de todos los animales para que tratara de convencer al felino.

Todo fue en vano y tan en vano fue que los animales, como no pudieron por las buenas, decidieron robarle el fuego.

El primero en atreverse fue el Oculito,¹⁷ el más experto en cuevas de todo el monte. No bien le pidieron ayuda, ahí nomás planeó hacer un hoyo largo en la tierra que empezara donde el Yaguareté no pudiera verlo y terminara justito en

17. También llamado tucutucu, es un roedor de hábitos subterráneos que cava madrigueras en el suelo y vive dentro de ellas.





A stylized illustration of a fox's face in shades of orange and brown. A speech bubble with the word "SNIF" written in red cursive is attached to the fox's mouth. Below the fox, there is a white, cloud-like shape with a small ring at the bottom, possibly representing a trail or a sound effect.

la fogata. La idea era asomarse despacio, robar una brasa y volver sin dejar rastro. Parecía un plan perfecto, pero no dio resultado. El Oculito hizo ruido, el Yaguareté lo escuchó y lo esperó para darle un zarpazo. El Oculito quedó todo magullado y con el hocico chato.

Cuando el Oculito llegó malherido y con las manos vacías adonde estaban los otros animales, grande fue la decepción de todos. Fue el Conejo, entonces, quien se ofreció para tan arriesgada prueba. Pensó que de nada valdría querer acercarse sin que el Yaguareté lo viera porque, hiciera lo que hiciera, el dueño del fuego era muy astuto, tenía vista de lince y oído finísimo. Así que decidió acercarse con algún pretexto. Después de haber pensado mucho y sabiendo de antemano que el Yaguareté siempre estaba hambriento, decidió acercarse ofreciéndole algo rico para comer. Con ayuda de la Garza consiguió unos pescados y fue a verlos. El Yaguareté enseguida olfateó el pescado y lo dejó acercarse.

—Dejalo ahí y andate nomás —le dijo. Pero el Conejo insistió en cocinarlo para que su regalo fuera completo. Se acercó al fuego, abrió al medio los pescados, los puso sobre una rama verde y cada tanto los acomodaba para que se fueran cocinando parejitos. Tanto tardaba que el Yaguareté



bostezaba de aburrimiento. Aprovechando su distracción, el Conejo apoyó sobre las brasas la cola de una mojarrita a la que se le pegó una brasa pequeña. Rápido el conejo la sacó del fuego, la puso debajo de su mandíbula y salió corriendo. Cuando el Yaguareté se dio cuenta del engaño, saltó como un rayo y se puso a correr detrás del Conejo. Casi lo alcanza pero, al verse acorralado, el Conejo tiró a los yuyos secos la brasita, que se convirtió rápidamente en llamarada y creció y creció y creció hasta incendiar el monte. El Yaguareté, desesperado, aunque lo intentó, no pudo apagar el fuego. Los otros animales corrieron con ramas y cada uno se llevó un poquito de fuego para tener su propia fogata. El Yaguareté se quedó muy enojado, más intratable que antes. Y, a partir de entonces, tuvo las plantas de las patas secas, medio quemadas por haber tratado de apagar el fuego. Como recuerdo de esta aventura, el conejo del Chaco tiene una manchita blanca en la garganta, allí donde se quemó con la brasa que había robado. Dicen que desde entonces el fuego se metió dentro de los árboles y por eso se lo puede encontrar frotando dos ramitas.



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo

Hubo una vez en este lugar pueblos que contaron historias. Personas que, en el intento por comprender la vida y la muerte, hablaron del cielo, la luna, las estrellas, el sol, las lluvias. Personas que se enamoraban, se peleaban, se tenían miedo y, cuando estaban muy contentas, celebraban la vida.

Toda esta gente era mucha y diferente: mocovíes, pilagas, chanés, abipones, quechuas, aymaras, chorotes, charrúas, chulupíes, comechingones, diaguitas, guaraníes, tehuelches, selk'nam, mapuches, tobas, quom, wichis, huarpes, entre otros pueblos. Eran diferentes entre sí, pero tenían algo en común: les gustaba contar historias.

Te invitamos a leer estos relatos de algunos de esos pueblos que habitaban nuestro país. Te invitamos a volverlos a contar para que no se detenga el viaje y estas historias crezcan hasta más allá de los tiempos.

